y conformes con su importante posicion, como representantes de grandes potencias; pero parece que habian olvidado una cosa muy esencial, á saber: que no eran ministros cerca del gobierno liberal, sino cerca de un Emperador, á quien aquel consideraba como usurpador, y le hacia formar causa por alta traicion. Olvidaban además que el gobierno liberal hacia muy poco caso de todas aquellas potencias que representaban, sabiendo demasiado bien que de ninguna de ellas podia temer algo, mientras que estaba bajo la proteccion moral de los Estados-Unidos, cuyo apoyo se habia hecho sentir bastante fuerte para echar fuera de Méjico á uno de los príncipes más poderosos de Europa.

Cuando el Baron de Magnus, despues de su llegada á Querétaro, hizo una visita al jeneral Escobedo, este le dió á entender que no podia recibirle en clase de ministro de Prusia, por no haber sido reconocido su gobierno por la Prusia; sino simplemente como al Sr. Magnus, amigo de Maximiliano, y que en tal calidad le facilitaria todo cuanto pudiera desear para adelantar la defensa del prisionero.

Tengo mis razones para creer que el Sr. de Magnus compendia su posicion mejor que los señores sus colegas, y por tarl motivo obraba con más acierto.

Fué convenido en que los dos abogados debian continuar su camino hasta S. Luis Potosí, para ver como estaba el estado de las cosas allí y lo que podian hacer eficazmente en favor de su cliente.

Estando informados de que yo habia hablado con los Srs. Juarez é Iglesias respecto de la causa del Emperador, los dos abogados deseaban saber de mi boca, de qué modo aquellos señores se habian espresado; y el Baron de Magnus me comunicó que querian hacerme una visita para el objeto indicado. Sabiendo que su tiempo estaba muy limitado, creí más conveniente ir yo misma para buscarlos.

Les dije que el Sr. Iglesias parecia estar en una disposicion bastante favorable, y que no le disgustaba la idea de un arreglo, segun el cual las potencias estranjeras se comprometieran á pagar un rescate considerable ó á garantizar la deuda de la guerra de México, si se perdonaba la vida del emperador.

Parece que ni el Sr. de Magnus ni alguno de los otros representantes de los gobiernos europeos querian creer posible que los mexicanos osarian formalmente fusilar al Emperador, aun en el caso que fuese sentenciado á muerte.

Aquellos señores, embelesados con su dignidad, creian que los mejicanos republicanos no podian absolutamente comprender esa importancia por no tener mas que unas nociones muy inciertas del poder de los estados de Prusia, Austria, Bélgica é Italia, que están mas de mil leguas distantes. Por tanto, que se debia disculparlos, cuando en lugar de verlos con respeto, tal vez *por ignorancia*(?)—estaban mas bien admirados y divertidos de la importancia que se daban los señores representantes y de sus maneras arrogantes. Siendo americana, y por tanto, estraña á las ideas europeas, comprendí á los mexicanos mucho mejor que los señores ministros, que ni siquiera en su imaginacion podian deshacerse del sentimiento de su importancia. Mientras que ellos persistian en la idea de que el gobierno mexicano no osaria cometer una accion que seria condenada y tal vez vengada por todas las potencias europeas, tenia yo el pleno convencimiento de que Juarez y su gabinete no harian algun caso de eso; que la muerte del Emperador era una cosa resuelta, y que sólo la fuga podia salvarle.

No era únicamente una idea mia. Habia oido la opinion de mexicanos republicanos que no eran crueles de ningun modo y aun tenian mucha simpatía por el Emperador; todos estaban plenamente convencidos de que seria fusilado.

Cuando yo estaba con el Baron Magnus en el cuarto del Emperador, se hizo mencion de la fuga proyectada. El Baron la juzgó por una locura, diciendo que no seria necesario meterse en una empresa tan arriesgada; dando á entender que una fuga seria una accion indigna del Emperador. Tambien tenia una gran confianza en el buen éxito de negociaciones diplomáticas, y parecia creer que, si en un caso estremo fuese necesario apelar á la fuga, todavía sobraba tiempo;—y en cuanto á dinero, parece que, segun el mismo Baron, no valia la pena de ser mencionado, no obstante la importancia del artículo; pues indicaba solo de paso que en un caso preciso habria bastante para sobornar á toda la guarnicion.

Parece que tambien el general Escobedo habia oido hablar de las enormes sumas que los señores ministros estran-

jeros querian meter en los bolsillos de los oficiales liberales con una prontitud apasionada; así es que tuvo á bien aumentar sus medidas de precaucion. Por tal motivo separó á todos los demás prisioneros del Emperador, de Miramon y de Mejía, y triplicó las guardias. Tambien dió la órden de fusilar al momento á cada prisionero, solo por intentar la fuga.

Antes de la venida de los señores ministros era muy fácil llegar hasta el Emperador; pero ahora debia yo, lo mismo que ellos, pedir un permiso peculiar cada vez que queria verle.

El gobierno austriaco y el gobierno belga deben saber mejor que nadie, si sus representantes han obrado segun sus instrucciones; en cuanto á nosotros y á los mexicanos, nos parecia su conducta muy extraordinaria, pero de ningun modo digna de admiracion. Mucho antes de que las tropas francesas comenzaran á retirarse del país, habian hecho cuanto pudieron para disuadir á los soldados estranjeros de que se quedasen en México siguiendo el servicio del Emperador, y se conducian y hablaban como si estuvieran completamente del lado de sus enemigos.

Se ha dicho que el encargado de negocios de Austria y su secretario lo aparentaban así para servir mejor al Emperador; pero debo confesar que era una política muy singular é incomprensible para mí.

El Sr. Horricks, encargado de negocios de Bélgica, iba en la política indicada tan lejos, que se expresaba públicamente, delante del jeneral Escobedo y de su estado mayor, del Emperador del modo mas inconveniente. Se permitia espresiones que son sinónimos de *tonto*; diciendo que el gobierno estaba en su perfecto derecho de fusilarle. El jeneral Escobedo y los oficiales de su estado mayor de entonces confirmarán la verdad de mi asercion, pues varios de ellos manifestaban hácia mí su indignacion por una *política* tan cobarde y tan indecente.

El representante de Italia, Sr. Curtopassi, se conducia mucho mejor que sus colegas de Austria y de Bélgica; hacia á lo menos algunos esfuerzos sérios de servir al Emperador, y si no lograba su objeto, consistia en que obraba solo con promesas y no con pesos sonantes.—Se dirijió al médico militar mexicano, Sr. Rivadeneira, quien tenia que visitar al Emperador "ex-oficio," prometiéndole diez mil pesos, si conseguia hacer alojar al Emperador en una casa particular, lo que habiamos deseado hacia mucho tiempo, para que la fuga pudiera efectuarse mas fácilmente.—El médico, que probablemente no habria resistido á la mitad en onzas de oro, no tuvo confianza en simples promesas, y encontró mas ventajoso comunicar á Escobedo la oferta que se le habia hecho.

Lo que se pedia era una cosa muy sencilla y enteramente lo mismo que yo habia solicitado frecuentemente de Escobedo; de suerte que no fué el pedimento en sí lo que llamó la atencion, sino la suma que se ofreció, por la cual se sospechaban algunos pensamientos ocultos y peligrosos; y en consecuencia todas las precauciones se redoblaron.

Ya dije mas arriba, cómo los mexicanos no comprendian la importancia de unos encargados de negocios, y que al principio solo se admiraban y se divertian de su soberbia; pero poco á poco empezaron á enfadarse de las pretensiones que aquellos caballeros hacian y del tono altanero que adoptaban. Yo estaba en buenos términos con todos los oficiales superiores del estado mayor de Escobedo. Mi afecto para el Emperador, el celo que manifestaba para él y el modo con que me conducia, me granjeaban su estimacion; sabia que la mayor parte de ellos me deseaba, aunque solo en secreto, un feliz éxito en mis empeños. De ellos supe muchas cosas ocultas para otros, como, por ejemplo, que la intervencion y el modo de conducirse de los representantes estranjeros, no solo eran estériles, sino nocivos y apresuraban la catástrofe; así es que nada sino la fuga podria salvar al Emperador—esto me fué mas de una vez dicho al oido por mas de uno de aquellos oficiales.

Por tal motivo hablé al Emperador muy sériamente, pero él parecia estar contajiado de la confianza demasiado grande de los representantes estranjeros, los que calificaban mis temores de flaquezas de una mujer tímida, y no miraba el porvenir con ojos tan tristes como lo hacia antes de la llegada de ellos. Mas no pudo dudar de mi sinceridad ni de mi buena voluntad, ni dejar de tener alguna confianza en mi juicio y en mi jénio observativo, lo que le indujo á prestar á lo menos oido á mis propuestas.

Hacia mucho tiempo que me esforzaba en convencerle de la necesidad de tratar respecto de su fuga, no con unos ofi-

ciales subalternos, sino con los jefes. Ya habia ganado á uno de ellos, á saber, al coronel Villanueva, quien tenia el mando de todas las guardias en la ciudad. Villanueva tomaba el mas vivo interes en la suerte del Emperador y consideraba como una desgracia para su país, si su gobierno le mandaba fusilar. Por tal razon estaba dispuesto á ausiliar su fuga. Rehusaba recibir algun dinero para sí, aunque era bastante pobre y tenia unas hermanas que mantener, confiando solo en que el Emperador deberia llevarle consigo á Europa y asegurarle su porvenir.

A pesar de todo eso me decia que él solo no podia efectuar la fuga, y que era preciso ganar al coronel *Palacios* quien tenia el mando superior en la misma prision.

Para este objeto pedí la suma de $100000, que el Emperador debia colocar en el banco del Sr. Rubio, sobre quien se podia jirar en caso necesario, pues dije al Emperador segun mi antigua esperiencia, "dinero efectivo es una cosa absolutamente necesaria, si se quiere tratar con americanos."

El emperador contestó que no importaba nada la cuestion del dinero, puesto que tanto el Baron de Magnus como los demás ministros estranjeros le habian asegurado que sumas de cualquier importe que fuesen, estaban á su disposicion.

Era en efecto una cosa rara! Al fin de cada palabra estaba pegada una onza de oro,—pero en las yemas de los dedos ni siquiera un miserable peso! Bien se puede comprender que me impacientó y me llenó de indignacion solo el pensar *que por esa miserable mezquindad de los representanles estranjeros ha muerto el Emperador!*

Era una desgracia que el Baron Magnus se hubiese ya marchado para S. Luis Potosí, pues es probable que él mas que cualquier otro se habria procurado dinero. Los dos abogados en San Luis le habian llamado por el telégrafo, por haber vislumbrado alguna esperanza de que el gobierno se inclinase á un arreglo. El Emperador no quiso separarse de él como él mismo me decia delante del Dr. Basch, por tener mas fé en el Sr. Magnus que en cualquier otro de los demas representantes estranjeros, y porque deseaba tener un hombre de confianza á su lado, y cuando le hice la observacion que no se podia hacer nada sin dinero, mandó llamar al Sr. Baron de Lago, el encargado de negocios de Austria, quien no se

habia dejado ver hacia dos dias. El buen Baron pertenecia segun creo, á la raza demasiado esparcida de las liebres, aunque habia sido de parecer que *no se podia* fusilar al Emperador, se habia vuelto en los últimos dias notablemente tímido y temia ya que los "*bribones*" republicanos no solo fusilarian al Emperador, sino aun á su persona sagrada.

El pobre Emperador estaba en efecto en una situacion muy apurada, y lo sentia. Cuando le dije que los coroneles estranjeros, y entre ellos mi marido, tendrian que salir dentro de poco tiempo de Querétaro, y que entonces yo me veria precisada á partir con él, se afectó mucho y me dijo: V. es la unica persona que ha hecho efectivamente algo por mí. Cuando V. se haya ido, entonces estaré de veras abandonado! Para evitarle este dolor, mi marido convino conmigo en que presentaria su despacho de jeneral, con el fin de quedarse en Querétaro.

Ya estaba acercándose el dia en que el Emperador, Miramon y Mejía tenian que comparecer delante del consejo de guerra que debia celebrarse en el Teatro, cuyo edificio estaba compuesto para este objeto, como si fuese para una fiesta. No pudiendo soportar la idea de que el Emperador, débil y enfermo como estaba, quedaria espuesto á la vista pública hice cuanto pude, en la víspera del consejo de guerra, para persuadirle á no ir allá y á tomar para este fin en la mañana algun medicamento que le hiciese aparecer mas enfermo de lo que estaba en efecto. Tampoco le agradaba á él la idea de presentarse en el Teatro; mas temia que le obligaran con la fuerza; sobre este punto pude tranquilizarle, por haber ya acordado todo con el coronel Villanueva.

Cuando llegué á las nueve de la otra mañana al Convento de las Capuchinas, los reos salieron y se encaminaron hácia el coche que les esperaba; mi corazon latia de miedo de ver tal vez tambien al Emperador; pero habia seguido mi consejo y no vino. El jeneral Miramon tenia un aire alegre y risueño, como si fuese al baile, mientras que el pobre Mejía estaba muy abatido.

Entregué al Emperador una carta de mi marido en la que le rogaba encarecidamente no perder mas tiempo en espe-

ranzas fútiles, sino que desde luego se preparase para la fuga, cuyo plan esplicaba en la misma carta.

Entonces comuniqué al Emperador que ya habia arreglado todo con Villanueva, de manera que este debia conducirle fuera de la prision, donde estaria lista una escolta de 100 hombres para acompañarle á la Sierra Gorda, y de allí hasta a costa.

El Emperador aprobó el plan, pero insistia en que yo le siguiera de cerca y á caballo, junto con el Dr. Basch, puesto que temia ser traicionado y tal vez asesinado por la propia escolta; y para prevenir tal crímen deseaba tener á su lado á una señora, cuya presencia quizás impondria á los que atentaran contra su vida.

Dije despues al Emperador que me habia comprometido á ganar al coronel Palacios, quien estando encargado de la guardia del Convento se paseaba todas las noches delante su cuarto para cumplir plenamente con su deber; pero no dejé de advertir que, á fin de lograr mi objeto era preciso tener dinero á mi disposicion

El Emperador vió al fin su posicion en su verdadera luz y estaba bastante arrepentido de haber dejado pasar tanto tiempo inútilmente sin h abrse procurado el dinero necesario. Aunque nō tenia absolutamente nada, me dijo sin embargo qu e haria los últimos esfuerzos para encontrar los medios necesarios.

Cuando le volví á ver, le encontré desesperado. No podia obtener el dinero necesario para sobornar á los oficiales; y para suplirlo me ofreció dos letras de cambio, cada una de cien mil pesos, jiradas sobre la casa imperial y la familia imperial en Viena, prometiendo al mismo tiempo mandarme, precisamente hasta las nueve de la noche, cinco mil pesos, cuya cantidad se necesitaba, sea para entregarla á Palacios para los soldados, ó para que yo misma la distribuyera entre ellos.

Hasta aquel tiempo no habia hecho todavía ninguna revelacion al coronel Palacios, y solo Villanueva y yo habiamos convenido en que yo saliera de la prision á las ocho de la noche, y cuando Palacios como de costumbre, me acompañaba le deberia detener hasta las diez.

No vivia entonces en un hotel sino en una casa particular

perteneciente á doña Pepita Vicentis, viuda de un señor del partido nuestro, muerto durante el sitio.

El jeneral Echeagaray vivia en la misma casa. Aquella señora anciana era muy buena para con nuestros prisioneros, á tal grado que asistia de balde á quince de ellos, durante su cautiverio.

Me quedé con el Emperador hasta las ocho de la noche y tuvimos una conversacion muy larga y muy interesante. S. M. me dió á conocer los cuidados y pesares secretos que tenia; me inició en las relaciones íntimas de su familia manifestándome sus proyectos para el porvenir, en caso que volviese á Europa. Hablaba con la mayor ternura de su madre para quien me encargaba muchas espresiones y otras cosas en el caso que yo sola viniese á Viena.

Esta conversacion me enterneció mucho y tuve el vago presentimiento de que veia al Emperador por la última vez.

Cuando eran cerca de las ocho, el Emperador me dió su anillo para sellar, encargándome que si mis empeños con Palacios quedaban estériles, este mismo coronel lo devolviera en la misma noche.

Me despedí del Emeprador con mi corazon oprimido y con poca esperanza: tenia sobre mí una tarea sumamente difícil y me encontraba solo con medios muy insuficientes para llevarla á cabo—á saber, con dos hojitas de papel, cuya significacion apenas podia comprender la persona con la cual tenia que tratar.

El coronel Palacios es un indio que sabe apenas leer y escribir; pero es al mismo tiempo un soldado valiente; se habia distinguido en varias ocasiones y habia sabido granjearse la confianza particular de sus superiores que le empleaban de *capitan preboste*, el que, segun el diccionario de la lengua castellana, es el oficial nombrado para formar causa á los malhechores y conducirlos al suplicio. Tiene una mujer jóven, que hacia poco le habia dado á luz un niño que amaba mas que á sí mismo. No poseía ninguna fortuna, y por tanto yo abrigaba la esperanza de que con asegurar á su hijo su por venir, le haria entrar en mis proyectos.

El coronel me acompañó á mi casa, y entonces le convidé á pasar á mi sala. Empezé luego á hablar del Emperador, para saber cuál era su opinion acerca de él, ó si yo podia

abrigar alguna esperanza de un buen éxito en mis empeños.

Me dijo que habia sido un gran enemigo del Emperador; pero que desde que le custodiaba y presenciaba que su conducta en la desgracia era tan buena y tan noble, y desde que veia frecuentemente sus buenos ojos azules, sentia hácia él no solo el mayor interés, sino cierto afecto y mucha admiracion.

Despues de esta conversacion que solo servia de introduccion y duraba poco mas ó menos veinte minutos, me hice, aunque temblando, el ánimo de hablar del asunto que me importaba.

Fué en efecto un negocio de la mayor importancia, de que dependia la vida ó la muerte de un hombre bueno y noble, quien me honraba con su amistad, y era mi Emperador. Dije que tenia que darle parte de un asunto de la mayor importancia, tanto para él como para mí; pero antes de hacerlo, me deberia no solo empeñar su palabra de honor y de caballero, sino jurar por la vida de su mujer y de su hijo, que jamás descubriria á nadie lo que le diria, aun en el caso de que no condescendiese con mis proyectos.

Me dió la palabra de honor que le pedí, y prestó iel juramento mas solemne por la vida de su mujer y de su hj o, que amaba mas que todo en este mundo.

Entonces le dije: que no me cabia duda de que el Emperador seria condenado á muerte y fusilado, si no se fugaba; no negó la certeza de aquella apreciacion. Seguí diciéndole que tenia ya preparado todo para la fuga, la que debia efectuarse en la misma noche, en caso que él consintiese en disimular por unos diez minutos; que sin él no podia hacerse algo, puesto que estábamos todos en sus manos, y de él solo dependia la vida del Emperador; que únicamente por lo apremiante de la actual situacion me veia en la precision de hablar francamente con él. Llegué al punto mas delicado, el del dinero, y lo traté de la manera siguiente: Sabia, dije, que él era pobre; que tenia una mujer y un hijo, cuyo porvenir era muy inseguro en los actuales tiempos de turbulencia; y que no se presentaria otra vez una tan buena oportunidad, como ahora, para asegurarles un sustento por toda su vida, pues siendo así que se le ofrecia una libranza de $100,000, girada sobre la Familia Imperial de Austria, además unos 5,000 pesos en

efectivo, cuya cantidad se le entregaria inmediatamente para su tropa. Conitinué diciendo: que lo que se le proponia, no era absolutamente en contra de su honor, puesto que con aceptarlo solo serviria á su patria del mejor modo que podia, pues la muerte del Emperador llamaria á todo el mundo en armas contra México; mientras que si se protejia, la fuga de manera que saliese del país, ninguna potencia europea se mezclaria mas adelante en los negocios interiores de México. Hablé aun mucho mas; y á todo prestaba mucha atencion. Ví bien en su rostro el que estaba demudándose continuamente, que sostenia una fuerte lucha consigo mismo.

En seguida tomó la palabra; poniendo la mano sobre el corazon, me aseguró que sentia de veras el mayor interés por Maximiliano y que en efecto creia que seria lo mejor para México dejarle escapar; pero que no podia resolver en cinco minutos una cosa tan importante, y que de ningun modo aceptaria la dicha libranza, aun en el caso que consintiese en la fuga.

Sin embargo, la tomó en la mano y la miraba con curiosidad. Probablemente el indio no podia familiarizarse con la idea de que un tan pequeño pedacito de papel con algunos garrapatos daria la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo con oro habria hablado un lenguaje mucho mas persuasivo.

Me devolvió la libranza, diciendo *no*, que no podia aceptarla; que reflexionaria en la noche y me diria el resultado al otro dia en la mañana.

Le mostré el anillo del Emperador diciéndole lo que significaba y le rogué lo entregase al Emperador aun en la misma noche. Lo tomó, se lo puso al dedo; despues de un rato se lo quitó diciéndo que no podia aceptarlo, y que debia meditar todo maduramente. Se confundia hablando de su honor, de su mujer y de su hijo.

"Veo ahora, coronel, le dije, que vd. no ha resuelto todavía Medítelo vd. bien y recuerde su palabra de honor y su juramento. Vd. sabe que nada puede hacerse sin su auxilio, y que seria enteramente inútil descubrirme."

El coronel Villanueva que estaba naturalmente muy ansioso de saber inmediatamente el resultado de mi conversacion, se presentó luego, y un poco mas tarde vino el Dr. Basch—pe-

ro sin 5,000 pesos, para informarse del éxito de la conferencia. Luego que Palacios se hubo ido, dije al doctor que la fuga no podia efectuarse esa misma noche, pero que al dia siguiente tendria una certeza, y que entretanto no dejara de tener alguna esperanza. Al mismo tiempo entregué al doctor el anillo del Emperador.

Parece que Palacios meditó sobre mis proposiciones hasta la media noche. Despues tomó su resolucion; fué á ver á Escobedo y le descubrió todo.

Antes de levantarme en la mañana, mi casa estaba ya cercada de guardias. Todo el mundo tuvo permiso de entrar; pero el que salia era arrestado. Esta suerte tuvo el Dr. Basch, quien sin sospechar algo de malo, vino enviado por el Emperador que temia me estafasen aquellas dos libranzas, con el fin de presentarlas, cuando ya estuviera fusilado. A efecto de frustrar semejante engaño, me mandó el siguiente papel escrito de su propia mano, el cual agrego en el original como autógrafo.

"Querétaro, Junio 13 de 1867.

Las dos letras de cambio de *cien mil pesos* cada una, que he jirado con fecha de hoy en favor de los coroneles *Palacios* y *Villanueva*, para ser pagadas por la familia imperial de Austria en Viena, son solamente válidas desde el mismo dia en que me hallare completamente en salvo por el auxilio de los dichos coroneles.—*Maximiliano.*"

Dos criados del Emperador vinieron con el mensaje de que deseaba hablarme al momento. Supe ya que Palacios habia faltado á su palabra de honor y á su juramento, y que el Dr. Basch habia sido arrestado, porque un oficial del Estado mayor me lo comunicó en una nota que destruí luego.

Me preparaba para salir fingiendo que todo lo ignoraba. Al salir de la casa, se me acercó el general Refugio Gonzalez con una sonrisa maliciosa, diciéndome que el general Escobedo deseaba verme sin pérdida de tiempo. Le contesté que ya estaba para hacerle una visita.

Hacia algun tiempo que el cuartel general habia sido trasladado de la hacienda de Hércules á la ciudad y se encontraba solo á unos pocos pasos de mi casa en la misma calle.

Al llegar allí fuí introducida á una gran sala de recepcion, d onde encontré muchos oficiales. Algunos de ellos parecian

estar de muy buen humor, como si esperasen una escena interesante; otros me miraban con cierto interés; y uno me dijo al oido: "todo se ha perdido."

Despues de algun rato vino Escobedo. Tenia un aire tan sombrío como un nubarron y dijo con tono sarcástico: que el aire de Querétaro no parecia serme saludable, porque era en efecto muy malo.

Le aseguré que jamás me habia sentido con mejor salud; pero él insistió en que yo tenia un semblante muy enfermo, y que por tal motivo habia dado la órden de poner un coche y de tener lista una escolta para conducirme á San Luis Potosí, donde me sentiria mucho mejor.

Le dije que no tenia ganas absolutamente de ir allá y que le agradecia mucho sus atenciones.

Ya no pudo aguantar por mas tiempo, y prorumpió en cólera, diciendo: que encontraba muy mal hecho de mi parte y contrario á todo sentimiento de gratitud y de honor, que, despues de las bondades que me habia mostrado, yo habia tratado de sobornar á sus oficiales, poniéndole en una posicion sumamente penosa.

"No he hecho nada, jeneral, le contesté, de que tenga que avergonzarme, y que vd. mismo en mi posicion, no habria dejado de hacer lo mismo."

"No queremos hacer averiguaciones, señora, pero deseo que vd. salga de Querétaro."

"Vd. no ignora general, respondí, que estoy ahora completamente impotente y que el Emperador está perdido. Pero mi esposo está aquí esperando que le formen su causa; por tal razon le ruego que me deje aquí. Métame vd. á la cárcel, ó mándeme poner centinelas de vista: le ofrezco á vd. estar quieta."

El jeneral no quiso oir nada; estaba demasiado incómodo y dijo: que segun lo que yo habia hecho hasta ahora, no podia estar seguro de que yo no asesinase á sus oficiales.

Esto me indignó, y le contesté que no tenia razon alguna para pensar tal cosa de mí, aunque yo deseaba salvar á mi esposo y al Emperador.

Su contestacion fué que me fuese, bien escoltada, á hablar por sus vidas al Presidente en San Luis, pero que no podia quedar aquí; y agregó diciendo que yo no era la única

persona que habia de salir de Querétaro, pues ya los ministros extranjeros habian recibido la misma órden.

"Pero, jeneral, repliqué, le aseguro á vd., que los ministros no tenian que hacer ni lo más mínimo con mi proyecto; y nunca se habrian atrevido á apoyarlo."

"Lo sé; dijo desdeñosamente, y justamente porque son tan cobardes, deben *largarse* cuanto antes."

"Pero, jeneral, contesté, el Emperador queda entonces completamente abandonado y no tiene á nadie que le asista en sus últimas disposiciones."

"¿En qué pueden unas viejas, servir á un hombre?" exclamó, "bonita jente, son esos embajadores! Dos de ellos ya se han huido, abandonando todo su equipaje."

Esos dos representantes tímidos eran, por supuesto, el de Austria y el belga. Todos los oficiales de Escobedo se mofaron de ellos, y el mismo jeneral me dijo despues en México, "que si uno de esos menguados le hubiese pedido el permiso de ver al Emperador para despedirse de él, no lo habria denegado." Pero esos caballeros no hicieron ni siquiera una tentativa, y el Baron Lago tenia la cabeza tan completamente perdida que se llevó consigo el codicilo que el Emperador habia añadido á su testamento, sin esperar que éste lo firmase.

Naturalmente no tengo los menores escrúpulos en decir que encontré la conducta de esos caballeros sobremanera miserable; pero en caso que ellos ó cualquier otro pusiera en duda que el jeneral Escobedo se haya expresado tan poco diplomáticamente respecto de esos diplomáticos, me refiero al mismo jeneral, quien, creo, no es hombre para negar lo que ha dicho, y tambien á todo su Estado mayor, principalmente al coronel Doria.

Al fin conocí que, por lo primero, no pude hacer otra cosa que conformarme, y salí de la casa de Escobedo, no con el mejor humor, como se puede comprender. Ví ya un carruaje con cuatro mulas parado delante de la puerta de mi casa; me dirijí allá, naturalmente pensando que se me dejaria á lo menos tiempo para hacer los preparativos mas necesarios para mi marcha; mas en el momento en que iba á abrir el zaguan para entrar en mi casa, el capitan que me servia de escolta, cerró la puerta estrepitosamente é hizo un ademan, como si quisiese retenerme por la fuerza. Solo al pensarlo me enfurecí tanto que me sentí demudar el color; con la velocidad del relámpago tomé en mi mano el pequeño revolver que llevaba siempre en la bolsa, y lo dirijí sobre el pecho del capitan asustado, á quien grité: "capitan, tóqueme vd. solo con un dedo, y vd. será muerto."

El capitan se disculpó diciendo que no pensaba en querer emplear la fuerza; pero que el jeneral Escobedo le habia hecho responsable de mi persona, con la órden extricta de no perderme de vista. Mi contestacion fué invitarle á subir conmigo; porque debia dejarme algun tiempo para hacer mis preparativos y para embaular. El capitan volvió á hacer objeciones; pero llena de cólera le dije con impaciencia que se saliera cuanto antes, porque yo queria y debia subir. Dicho esto, entré en la casa y subí las escaleras, con el revolver en la mano: el capitan siguió tras de mí.

Ante todas cosas quise ganar tiempo, esperando que mientras tal vez aconteciera alguna cosa que diera á todo el asunto un jiro diferente; por tanto, manifesté que ni yo ni mi criada sabiamos empaquetar, pidiendo al capitan el favor de buscar á alguno que lo hiciera.

El pobre oficial ya no sabia qué hacer, y juzgó conveniente mejor volver al cuartel jeneral de Escobedo, para preguntar lo que debia hacer.

Cerca de una media hora despues volvió con una escolta de seis hombres, diciéndome que el jeneral le habia recibido muy mal amenazándole que le mandaria arrestado, si no me hacia salir de la ciudad; que tenia la órden de acompañarme hasta Santa Rosa, al lado de la Sierra Gorda, y de meterme en la dilijencia que pasa por allí para San Luis Potosí.

Entonces conocí que una resistencia más prolongada podria tener malas consecuencias y empecé á embaular, cuando un criado del Emperador vino con el mensaje de que S. M. deseaba verme en el momento. Supliqué al capitan que me dejase escribir algunos renglones al Emperador; mas lo rehusó, y el criado tuvo que salir del cuarto.

Induje al capitan á mandar preguntar á Escobedo, si podria despedirme de mi marido; pero tambien esta gracia me fué denegada, y solo despues de alguna disputa me permitió mandarle algunos renglones que le llevó mi moza india. Salm, no comprendiendo nada de lo que me pasaba, me envió una

esquela bastante imperiosa, dándome la órden de que fuese luego á verle.

Concluido el empaque, subí al coche, seguida por mi recamarera Margarita con un baul pequeño, y por mi falderillo.

He olvidado hacer mencion de que el coronel Villanueva habia venido á verme hacia un rato, y que le entregué las dos libranzas mencionadas suplicándole que las devolviese al Emperador, dando al mismo tiempo una explicacion del estado actual de las cosas, tanto á S. M. como á mi marido.

No sé si el coronel trajo al capitan alguna instruccion de parte de Escobedo; pero sucedió que luego que subí al coche, y ya que el cochero iba á arrear, el capitan le gritó. "Al cuartel jeneral."

Al oir estas palabras dí un brinco fuera del coche y encima de Margarita, de Jimmy y del baul y me opuse con toda mi fuerza á ir allá á ver á Escobedo; diciendo que no tenia ningunas ganas de esponerme otra vez á la mofa y sarcasmos de sus oficiales, y que él mismo podria venir á mi casa, si deseaba hablarme.

El capitan volvió con la misma cantinela de sus instrucciones; y yo declaré que solo por la fuerza podria llevarme delante de Escobedo. Al fin el coronel Villanueva se interpuso é hizo que el capitan aguardase hasta que él mismo volviera del Cuartel jeneral. Esto sucedió pronto: yo salí con la mia, subí otra vez al coche y partí de Querétaro.

Me alojaron en Santa Rosa, en una pieza decente, en una hacienda perteneciente á un liberal, cuya familia me trataba con la mayor atencion y afabilidad. En la dilijencia que pasó por allí en la próxima mañana, encontré ya dos asientos tomados para mí y un oficial vestido de paisano. Ese caballero se contentaba con no perderme de vista; nunca habló ni una sola palabra conmigo; de suerte que ninguno de los demás pasajeros pudieron sospechar siquiera que habia una cierta relacion entre los dos.

Hasta entonces habia yo estado naturalmente incomodísima contra el jeneral Escobedo; pero reflexionando bien en lo que yo trataba de hacer y que no era nada condescendiente, debo reconocer, con el mayor agradecimiento, que he sido tratada de veras con la mayor cortesía y consideracion, no solo por el jeneral Escobedo, sino por el mismo Sr. Juarez y por

sus ministros; en una palabra, con raras escepciones, por todos los mexicanos con quienes estuve en contacto. Aún en los Estados-Unidos, donde las señoras disfrutan unas prerogativas considerables, habria indudablemente sufrido, en igualdad de circunstancias, un trato muy diferente; y estoy cierta de que varias señoras confederadas confirmarán mi aserto.

A nuestra llegada á San Luis Potosí, desapareció mi guarda. Me alojé en un hotel y mandé llamar al Sr. Bahnsen, quien tuvo la bondad de ofrecerme su casa. Quise hablar al presidente, aun en la misma noche; pero recibí la órden de presentarme en la mañana siguiente: mas cuando fuí le hallé tambien demasiado ocupado para recibirme, y me mandó al Sr. Iglesias, á quien conté todo cuanto habia motivado mi destierro para San Luis.

El Sr. Iglesias dijo: que no ignoraba que habia en Querétaro hartos bribones que se podrian cohechar; dejando al mismo tiempo entender que mi proyecto habria tenido buen éxito, si hubiese tenido dinero efectivo en lugar de papel.

Cuando le supliqué en el curso de la conversacion, que me dijese con toda franqueza, si él mismo no se habria alegrado en su interior cuando hubiera sabido que el Emperador se habia escapado, contestó sonriéndose que en efecto habria sido así.

Hablé con él sobre la situacion de mi marido, y de los temores que tenia respecto de él, preguntándole si era absolutamente imposible obtener para mí el permiso de volver á Querétaro, á lo menos con el fin de estar cerca de él. El Sr. Iglesias me dió el consejo de esperar hasta la ejecucion del Emperador; mas no pudiendo resistir á mis instancias de ver al Sr. Juarez, me citó para las cinco de la tarde.

Aunque habia hecho de mi parte cuanto pude para salvar al Emperador, el Sr. Juarez me recibió como de costumbre. Yo misma empecé á hablar de eso, á lo que me dijo que sabia todo, esquivando una respuesta á la misma pregunta que habia hecho al Sr. Iglesias; pero en todo se dejó traslucir que la fuga del Emperador no habria sido una cosa enteramente desagradable para él.

El Sr. Juarez me dijo que debia resignarme á quedar en S, Luis, bajo vijilancia. Al hablar de mi marido y del Emperador, el presidente me manifestó que tenia algunos temores de

no poder hacer nada por el último, pero que, en cuanto á mi marido, podia yo estar enteramente tranquila respecto de la suerte que le tocase, pues annque no pudiera hacerse nada por el momento y tal vez recayese una sentencia de muerte, me empeñaba su palabra de honor que no seria fusilado.

El Emperador habia sido condenado á la pena de muerte mientras que yo estaba caminando, y debia ser fusilado dentro de tres dias. El Sr. Baron de Magnus estaba en S. Luis cuando llegué: salió de la última audiencia que obtuvo del presidente con la conviccion de que no se podia salvar al Emperador; pero con todo, solicitó una suspencion de la ejecucion por unos tres dias, á lo que el presidente accedió, únicamente como decia, porque el Sr. Magnus lo deseaba y para que no se pudiera culparle de una precipitacion inusitada ó de un rigor estraordinario, aunque no podria en nada alterarse la misma sentencia: el ministro de Prusia estaba tan plenamente convencido de esto, que al marcharse á Querétaro, llevó consigo á un médico de S. Luis, con el fin de hacer embalsamar al Emperador.

Durante todos estos dias yo estaba casi fuera de mis sentidos: de dia y de noche revolvia el pensamiento de si no habria alguna posibilidad de salvar al Emperador. Veia varias veces al Sr. Iglesias; pero cadá vez que me separaba de él, me iba con la firme conviccion de que nada podia salvarle. Mas como la esperanza nunca muere, traté de ganar otra suspension por ocho dias, hasta que hubiera recibido una respuesta del Presidente Jonhson, á quien conozco muy bien: pensé rogarle por medio del telégrafo de Brownsville que protestara de nuevo y con más enerjía contra la ejecucion del Emperador. Pero tanto el Presidente como el Sr. Iglesias me dijeron que no podia concederse de ninguna manera otra suspension; el primero estaba muy arrepentido de haber condescendido con el Baron Maguos, siendo así que principalmente los extranjeros le echaban en cara á él, "el Indio," la crueldad de haber prolongado intencionalmente la agonía del Emperador.

Llegó la víspera de la ejecucion; en la próxima mañana el Emperador habia de ser fusilado. Aunque tuve poca esperanza, sin embargo quise hacer otro esfuerzo para enternecer el corazon de aquel hombre, de quien dependia la vida del Emperador, cuyo rostro pálido, y cuyos ojos azules y melancólicos que habian hecho una impresion aún en el mismo Palacios, me estaban mirando continuamente.

Eran las ocho de la noche, cuando fuí á ver al Sr. Juarez quien me recibió al momento. Estaba muy pálido y parecia padecer mucho. Con lábios temblorosos imploré la vida del Emperador, ó á lo ménos una suspension de la ejecucion. El Presidente dijo: "que no podia conceder ninguna suspension, para no prolongar la agonía del Emperador, quien debia morir en la mañana del dia siguiente:"

Al oir estas palabras terribles, no pude dominar mi dolor. Temblando y sollozando caí de rodillas. Rogaba con ardientes palabras que provenian del corazon, y que en este momento no recuerdo.

El presidente hizo esfuerzos para alzarme; mas abarqué sus rodillas y no quise levantarme, hasta que no me concediera la vida del Emperador; pensé que *debia* ganársela luchando. Ví que el Presidente estaba conmovido: tanto él, como el Sr. Iglesias, tenian los ojos humedecidos de lágrimas. Me dijo con voz baja y triste: "Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuviesen en vuestro lugar, no podria perdonarle la vida." "No soy yo quien se la quito; es el pueblo y la ley que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaria la vida á él, y aún pediria la mia tambien:"

"¡Oh! exclamé desesperada, si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil; y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país."

Todo era en vano. El Presidente me alzó y volvió á repetirme que la vida de mi marido no corria riesgo, que en efecto estaba sumamente comprometido, de suerte que debe ser condenado á la pena de muerte; pero por haber llegado á estimar y admirar mis nobles acciones, lo mismo que los grandes sacrificios que he hecho para salvar al Emperador y á mi esposo, y sintiendo sobremanera no poder concederme todo cuanto le pedia, haria cuanto pudiera en mi favor, y que podia estar segura de que no se tocaria á la vida de mi marido. Salí del aposento bastante agradecida al Presidente.

En la antesala encontré á mas de doscientas señoras de San Luis, que venian igualmente á implorar clemencia para los

tres sentenciados. Fueron introducidas, pero sus ruegos no tuvieron mejor éxito que los míos.

Mas tarde vino la señora de Miramon, conduciendo de la mano á sus dos hijitos. El presidente no pudo rehusar el recibirla: el Sr. Iglesias me contó, que habia sido una escena conmovedora cuando la pobre mujer y sus pequeños hijos inocentes, tartamudeando, imploraban la vida de su esposo y padre. "El Presidente, me dijo, sufria en aquel momento sobremanera, por verse en la dura y cruel necesidad de mandar quitar la vida á un hombre tan noble como Maximiliano, y á dos hermanos. Pero no podia hacerse de otro modo."

La señora de Miramon cayó desmayada, y era preciso sacarla cargada del cuarto.

Las escenas conmovedoras que el Presidente habia presenciado en aquel dia, eran mas de lo que podia soportar. Se retiró á su cuarto y no se dejó ver de nadie por tres dias.

En aquella noche, no pude dormir y me reuní con muchas señoras de nuestro partido en la iglesia para orar.

En el curso de la mañana, vino por el télegrafo la triste nueva de que la ejecucion se habia efectuado; y todo estaba concluido.

En la noche hice una visita á la señora Miramon. Se habia en los últimos dias demudado tanto, que la reconocí apenas. Me dijo que queria quedar algunos dias tranquila en San Luis, á fin de recobrar fuerzas para el viaje á Querétaro, donde queria recojer el cadáver de su marido.

Quise tambien volver á Querétaro, para cuyo objeto no dejé de molestar harto al Sr. Lerdo y al Sr. Iglesias, no dejando pasar ni un dia sin hacerles una visita.

El Sr. Lerdo es la mano derecha del Sr. Juarez y no disfruta solamente su absoluta confianza, sino que tiene tambien la reputacion de ser un gran hombre de Estado. Toda su presencia no es la de un mexicano, pues tiene pelo rúbio y ojos azules. Es un perfecto "gentleman" y sumamente cortés.

Yo habia escrito á mi marido, encargándole consiguiese de Escobedo para mí una licencia de volver á Querétaro; la obtuvo, y el Presidente accedió tambien á mi solicitud tantas veces repetida, pero bajo la condicion de que diera mi palabra de honor de no meterme otra vez en alguna empresa para protejer la fuga de los prisioneros.

Llegué el 1º de Julio de 1867 á Querétaro, y me alojé otra vez en casa de la Sra. Vicentis, ausente entonces.

Mi marido, estaba muy pálido, flaco y sumamente impaciente é irascible; cosa muy natural en un prisionero. La muerte del Emperador estaba todavía fresca en su memoria, de suerte que no quiso creer ni en las promesas ni en la palabra de honor del "*Indio Sanguinario.*" No pensaba en otra cosa que en la fuga, cuyo proyecto no quise ni pude protejer, aunque el término para la formacion de su causa se acercaba, y todo el mundo estaba convencido de que seria condenado á la pena capital.

Me fiaba en las seguridades de Juarez, Lerdo é Iglesias, que me habian dicho que él y los demás generales serian condenados á muerte, pero que la vida de mi marido quedaria salva.

Sentia yo que mi marido no supiese dominar su encono y se mostrase tan poco amable para con los oficiales que le servian de guardia, de suerte que no podia pretender algun comedimiento de parte de ellos. Por tal motivo me ponian toda clase de dificultades cuando venia á verle, y los oficiales liberales encontraban un placer particular en esparcir rumores siniestros, á fin de atemorizar á los pocos prisioneros que no trataban de grangearse sus favores.

Mi marido, estando tan preocupado en contra de todo el partido liberal, prestaba mas fé á aquellos rumores que á mis seguridades, y me hizo tambien á mí entonces vacilar en mi fé, de suerte que empecé á tener nuevos temores.

Juzgando por mas conveniente no permanecer en Querétaro durante la formacion de su causa, me volví para la capital el 12 de Julio.

Tambien en México se habia esparcido el rumor de que todos los prisioneros serian fusilados, de suerte que yo y todos los parientes de aquellos estábamos en la mayor ansiedad.

Unas veinte mujeres y hermanas de los prisioneros fueron conmigo á ver al Presidente; mas no nos recibió, sino que envió al Sr. Iglesias, quien nos comunicó que la ejecucion de los sentenciados habia sido suspendida por quince dias.

El ministro repitió las seguridades que se me habian hecho antes y me aconsejó permanecer tranquila en México, hasta que se hubiera tomado una decision respecto del lugar de confinamiento de los prisioneros, agregando que entónces haria